

*Conversaciones con Octavio Paz:
crónica y anécdota*

GEORGINA SABAT DE RIVERS
ELÍAS L. RIVERS
State University of New York at Stony Brook

A la memoria de Octavio Paz:
siempre admirada,
siempre agradecida.

Uniéndonos al homenaje
de los amigos sorjuanistas,
Luis Sáinz de Medrano y Giuseppe Bellini.

Escribe Georgina

Cuando recibimos la invitación a colaborar en el «Homenaje a Luis Sáinz de Medrano» y nos dijeron que, según estipulaciones de la editorial, los artículos debían ceñirse a temas relacionados con el siglo todavía actual, Elías y yo decidimos que no podríamos sino colaborar en alguna otra forma. En abril de 1999, estuvimos en Madrid con motivo de otro congreso; el día antes de nuestra salida, nos dio tiempo para llegarnos a la apertura del homenaje dedicado a Octavio Paz, y en honor de Giuseppe Bellini así como del catedrático de la Complutense ya nombrado. Tuvimos la alegría de ver allí a muchos amigos; conversando con algunos me di cuenta, de momento, de que sí podríamos hacer algo en relación con Octavio Paz. Siempre había querido hacer una reseña de mis conversaciones con el crítico mexicano sobre Sor Juana Inés de la Cruz, ¡y ya habían pasado 15 años! Elías había tenido que ver con los preparativos míos para enfrentarme a esa gran aventura, pero no había ido

a México conmigo, así que su visión podía ser la que se percibía desde afuera, la que se veía en televisión; de ese modo hemos dividido el trabajo.

En 1984, el año en el que Octavio Paz cumplió 70 años, Televisa México le hizo un homenaje constituido por distintas «Conversaciones con Octavio Paz», sobre distintos temas y con diferentes especialistas; yo en ese momento era la directora del Departamento de Lenguas Hispánicas y Literatura de la State University of New York en Stony Brook. Un buen día del mes de abril, estaba yo limpiando muebles (para colocarlos en los despachos de los estudiantes becados avanzados), con la ayuda de una profesora compañera, cuando la secretaria salvadoreña del departamento se llegó corriendo hacia nosotras y me dijo:

—Georgina, Octavio Paz la llama.

—¿Octavio Paz?—, le contesté; —vamos, Esperanza.

—Bueno, eso es lo que me han dicho.

Mientras yo caminaba tranquilamente hacia el teléfono, pensaba en quién sería el guasón cubano que quería gastarme esa broma; tomo el aparato y pronuncio el «¿Diga...?». Del otro lado, una voz que, efectivamente, tenía acento mexicano y me parecía conocida a través de cintas, me preguntó: «¿Es Georgina Sabat?» Octavio Paz, en efecto, me invitaba a tener con él unas «Conversaciones» sobre Sor Juana en el mes de junio.

Después de colgar el auricular, debo haberme quedado consternada; no hice apenas comentarios con nadie. Pensándolo ahora bien, y remontándome a quince años atrás, era ésa una invitación capaz de anonadar a cualquiera que no fuera o más atrevida o más inconsciente que yo; éste era, como diría Sor Juana en el *Sueño* refiriéndose a su magna intención de «comprender» el universo, un «osado presupuesto». Octavio Paz había dicho que dedicaríamos el tiempo a hacer comentarios a su famoso libro sobre la monja: *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*. Todo el tiempo que tuve libre, a partir de la llamada e invitación, lo dediqué a volver a leer con cuidado el libro, haciendo apuntes; hacía algún tiempo que había comprado en España la edición de Seix Barral de 1982. Leí además su poesía, sus ensayos. Y me compré, para salir en la pantalla, un vestido negro, muy sobrio, que tenía cierto aspecto monjil.

El día de la partida, mientras esperaba en el aeropuerto con Elías, se me acercó alguien de Aerovías Mexicanas para decirme: «We are going to upgrade you, if you agree» («La vamos a promover, si Ud. acepta»); lo miré sin

entender. Lo que me proponía era pasarme a primera clase, por intereses de venta de la compañía en ese vuelo. Acepté; es la única vez en mi vida que he viajado en esa clase. Cuando subí a sentarme en el lugar correspondiente, ví allí a un grupo de hermosas mujeres mexicanas muy vestidas y enjoyadas, hablando animadamente, que me llamaron la atención. En todo caso, interpreté lo de la promoción y todo ello como un signo positivo, un buen augurio.

En el aeropuerto de México me esperaba Ramón Larrosa, hermano de Emilio Larrosa, director de Televisa, S. A., compañía que había organizado la serie de «Conversaciones con Octavio Paz» para celebrar los 70 años del poeta y ensayista. En el tránsito al hotel, hizo algún comentario referente a lo que yo sabía sobre Sor Juana; le contesté que no había que exagerar. Con rostro un tanto asustado, me miró diciéndome: «Pero no me diga Ud. ahora que no sabe mucho sobre nuestra monja». Entonces fui yo quien se asustó, y no volvimos a hablar sobre el asunto. Al llegar al hotel, me dijo que más tarde pasarían a recogerme, lo cual se cumplió puntualmente; la casa de Paz no quedaba lejos del hotel y creo que fuimos caminando.

Esa noche llamé a dos o tres amigos mexicanos; uno de ellos me dijo: «Pero esas conversaciones no son tales, Georgina, son monólogos; no dejes que te callen». No contesté nada; no le dije que era difícil callar a una cubana. Volviendo a ver el video para este artículo, creo que sí, que Paz me dejó hablar bastante.

La casa de Paz era un hermoso piso, como dirían los españoles, adornado con gusto y elegancia, porque, a pesar de los muchos recuerdos y regalos coleccionados a través de los años, no me pareció recargado. Me presentó a María José, su esposa. La reunión tuvo lugar en su amplia biblioteca (ahora, al recordarla, no puedo evitar ver ya incendiados esos libros valiosos que habían de ser devorados por las llamas). Paz fue afectuoso conmigo. Si recuerdo bien, Héctor Tajonar estaba presente; probablemente fue quien me recogió en el hotel. Hablamos de todo un poco durante mucho tiempo, unas tres o cuatro horas: de Rulfo, de Cabrera Infante, de Dorothy Schons, de algún poeta contemporáneo, de mis proyectos futuros... Fue tan amable como para preguntarme en lo que trabajaba Elías Rivers, mi marido, en esas fechas. Creo que fue una especie de toma de pulso antes del rodaje; Paz no me conocía.

Yo le había conocido a él personalmente, hacía muchos años cuando yo todavía estudiaba, en una universidad vecina a la mía a la que vino a dar una conferencia; él no podía acordarse. Tengo un recuerdo de ese primer encuen-

tro: el ejemplar de *El laberinto de la soledad* que llevaba para que lo firmara, lo que hizo rápidamente, con sólo su nombre. Su mucho saber y sus agudas percepciones me volvían a admirar, a impresionar; me encantaron. A los 70 años, Octavio Paz era aún un hombre guapo. Yo no sabía —en aquella primera ocasión apenas lo vi de cerca— que tenía los ojos azules; al comprobarlo, pensé enseguida, claro, en su cuento «El ramo azul».

Volví al hotel; al día siguiente, a la hora concertada, me vinieron a buscar. La película se iba a rodar en el Claustro de Sor Juana, hoy sede de la universidad del mismo nombre, es decir, el Convento de Santa Paula (que se ha preferido llamar de San Jerónimo) en el que vivió Sor Juana desde el momento de su entrada en las jerónimas. El marco del rodaje sería el patio colonial, donde había algún pequeño árbol, con un aljibe y brocal hermosos en el centro; por allí andaban y trepaban varios gatos. Cerca del aljibe habían colocado una mesa antigua, cubierta de terciopelo rojo oscuro, con libros y papeles encima, y tres sillas. Octavio Paz se sentó en la silla del medio, yo, a la derecha suya y Héctor Tajonar, el que hacía oficio de moderador, a su izquierda. Aproveché el rato durante el cual se hacían los preparativos para decirle a Paz que había comprado un ejemplar de la edición mexicana (1983) de su libro sobre Sor Juana; a esta edición se le había añadido un apéndice, «Sor Juana: testigo de cargo» y «La Carta» (o «Carta de Monterrey»), que no tenía la de Barcelona. Me lo dedicó, poniendo al final entre paréntesis: « (Sor Juana debe sonreír allá en su celda)», queriendo decir desde arriba, como si estuviera la monja asomada a una de las ventanas del piso superior de su celda de dos niveles. La fecha: 12 de junio de 1984.

Había muchas personas fuera del lente de la cámara, frente a nosotros, creo que delante de uno de los muros del convento, auditorio que siguió la «toma» desde el principio hasta el final, lo cual duró alrededor de seis horas. Al final, una joven que seguramente hubiera querido entregarle a Paz un manuscrito suyo sobre la monja, como no tuvo oportunidad de acercársele, me lo puso en las manos. No recuerdo la hora exacta en la que terminamos, pero sería tarde; entonces nos fuimos María José, Octavio Paz (nunca he podido llamarlo Octavio solamente), Héctor Tajonar y yo a un restaurante; no recuerdo si había alguien más, pero creo que no. Allí seguimos charlando un poco de sobremesa hasta despedirnos.

Una amiga cubana que era entonces profesora de la Universidad de Puebla me había invitado a su casa. Ella había venido a Ciudad México; creo que a la mañana siguiente de la toma de la película nos reunimos y nos fuimos en autobús para Puebla, donde permanecí unos dos días. El domingo fuimos al

mercado de las pulgas, donde compré una sortija sencilla de ónix y oro que hacía juego con un pequeño relicario y unos aretes que había heredado de mi abuela catalana paterna, Remedios Claramunt, y una vieja estatuilla de madera de San Jerónimo para regalársela a Elías de recuerdo; la conservamos entre los libros antiguos de nuestra sala. A todos estos hallazgos les encontraba yo significación.

Como no deseaba llevarme pesos mexicanos a Estados Unidos, una vieja amiga mexicana (a quien había conocido en la travesía atlántica volviendo, hacía años, de España a Cuba) me llevó al Monte Pío, que sigue hallándose en la acera de enfrente de la Catedral Metropolitana; yo en ese momento pensaba en el arco, el *Neptuno alegórico* de Sor Juana, levantado allí en noviembre de 1680 para recibir a los marqueses de la Laguna. Allí compré, siempre de recuerdo, una pulsera de moneditas mexicanas.

La película, vista por Elías

Para las dos sesiones, de una hora cada una, sobre Sor Juana Inés de la Cruz, sesiones rodadas en junio y emitidas en junio y julio de 1984, Octavio Paz (OP) y Georgina Sabat de Rivers (GSR) dialogaron sobre el ya mencionado libro de OP, publicado hacía año y medio con Seix Barral en Barcelona. En ese mismo año de 1982, GSR, autora ya de *El «Sueño» de Sor Juana Inés de la Cruz: tradiciones literarias y originalidad* (Londres, 1976) y editora, con su marido, de unas *Obras selectas* (Barcelona, 1976) de Sor Juana, había publicado en Madrid su edición de *Inundación castálida*, primer tomo de la obra poética de la monja. (En 1982 también se publicaron, en París, la tesis doctoral de Marie-Cécile Bénassy-Berling, *Humanisme et religion chez Sor Juana Inés de la Cruz: la femme et la culture au xvii^e siècle*, y, en México, la de Rosa Perelmuter, *Noche intelectual: la oscuridad idiomática en el «Primero sueño»*). En México conocían bien a Sor Juana; el terreno internacional parecía estar bien preparado para una larga conversación sobre la monja.

Ya se ha descrito el marco y los personajes. En el centro estaba sentado OP. A la izquierda de la pantalla estaba GSR, sobriamente vestida de negro con perlas; para leer, se ponía de vez en cuando sus lentes. A la derecha estaba Héctor Tajonar, con lentes siempre puestos, quien presidía a los interlocutores, con ocasionales intervenciones propias. La cámara se movía de cara a cara, cambiaba de ángulo, presentaba de vez en cuando un grabado pertinen-

te. OP, naturalmente, llevaba la voz cantante, con soltura y elocuencia, dando a veces una versión hablada de ciertos pasajes de su libro; GSR hacía sus comentarios, contestaba a preguntas, y a veces tomaba la palabra.

Héctor Tajonar (HT) abrió la primera sesión con presentaciones y explicaciones. También OP explicó la elección de su interlocutora cubano-americana: le había parecido preferible elegir a una mujer nacida en Hispanoamérica, pero no mexicana. HT fijó el primer tema de discusión: la infancia de Sor Juana. Se habló de la fecha de su nacimiento —1648 o 1651— y de su madre soltera y emprendedora; de que ella tuvo dos compañeros (sólo recientemente se ha hablado de tres) y, con ellos, dos juegos de hijos, observando OP que algunas hijas fueron luego mal casadas... OP sugirió el contraste entre el rigor que se exigía con respecto a la ortodoxia en religión y la laxitud de las costumbres sociales de la época. Para OP, la figura de la madre fuerte representaba a la tierra, mientras el padre estaba más bien ausente, sustituido por el abuelo materno, con su biblioteca, su sexualidad menos fuerte, su influjo más espiritual. Los interlocutores celebraron con sonrisas esta aplicación de Freud a una familia del siglo XVII en Nepantla.

La niña Juana, quien ya desde jovencita leía y escribía, era evidentemente excepcional; su madre seguramente fue quien la mandó a la capital a casa de su hermana, casada con Juan Mata, y los Mata pronto le encontraron colocación con la virreina. Era guapa la joven, y se hizo famosa en la corte por su inteligencia y por su poesía. OP comentó someramente la vanidad y falsa modestia de Juana, reflejada en el autorretrato de Leonor, personaje de su comedia *Los empeños de una casa*. ¿Tuvo amoríos en la corte? Quizá, quién sabe; su poesía amorosa parece a veces surgir de una experiencia no puramente literaria, tal vez de un peligroso flirteo cortesano. Pero el hecho es que, según señaló GSR, fue por su vocación intelectual por lo que la joven se fugó del mundo de la corte, de los hombres y la posible amenaza del matrimonio, para ir al convento; como añadió OP, «el palacio fue un escalón para el convento». Todo esto está avalado por su autobiográfica *Respuesta a Sor Filotea*, escrita años más tarde, en 1691.

De su primer convento, el de las carmelitas (habitado por españolas y criollas), pasó Sor Juana Inés de la Cruz al de las criollas jerónimas, donde había cierta laxitud de disciplina, con costumbres bastante mundanas; luego compró ahí una celda, o mejor dicho un pequeño apartamento de dos pisos, que durante unos años compartiría con una esclava que le regaló su madre al entrar de monja. Ahí, sobre todo, podía dedicarse a leer y escribir. La monja ya conocía bien la tradición poética del amor cortés, de la adoración humana

y divina, de la sublimación erótica; escribía poesía cortesana y de celebración ocasional, aceptaba encargos literarios. Brillaba especialmente en su poesía de retratos, en la que dibujaba con amor platónico la hermosura de la virreina, su mecenas, con quien mantenía una relación personal. Cuando la virreina volvió a España y publicó en Madrid la primera edición del primer tomo de sus versos (*Inundación castálida*, 1689), la fama de la monja mexicana se extendió pronto a toda la amplitud del imperio español.

Héctor Tajonar cerró —con la promesa de abordar en la segunda sesión la crisis de las cartas— la primera sesión de esta conversación entre Octavio Paz y Georgina Sabat de Rivers sobre Sor Juana Inés de la Cruz.

El texto impreso de esta «carta» polémica iba acompañado de otra carta firmada por «Sor Filotea de la Cruz» (pseudónimo del obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz), en la cual encontramos tanto elogio como crítica dirigidos a Sor Juana. El obispo alaba las grandes habilidades intelectuales de la monja, pero le dice que no debe dedicar a las frívolas letras humanas su gran inteligencia y estudios sino a las letras divinas: la Sagrada Escritura, la teología, las obras de devoción. La intención política de esta carta se entendía mejor, según explicaban los interlocutores, en el contexto del carácter misógino del arzobispo de México Aguiar y Seijas, quien veía con muy malos ojos la publicación en Madrid de la poesía amorosa de una monja. En su conversación parece que tanto OP como GSR estaban de acuerdo en que, a pesar del carácter ambiguo de la carta y del regaño del obispo de Puebla, la publicación de la *Carta atenagórica* constituyó un apoyo a Sor Juana.

El hecho es que la carta de Sor Filotea le dio pie a Sor Juana para escribir su documento autobiográfico más importante, que es la base de su fama moderna entre feministas de América y Europa; se titula *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre Sor Filotea de la Cruz* y fue publicada póstumamente, en 1700, en el tercer tomo de sus obras (*Fama y obras póstumas*). Los interlocutores no gastaron mucho tiempo haciendo el resumen de este documento tan bien conocido en México y en otras partes: la niña precoz que va a la escuela con su hermana mayor a aprender a leer, la joven que se impone lecciones de latín, que se interesa por todos los fenómenos naturales, que defiende elocuentemente los derechos intelectuales de las mujeres. Explicó GSR cómo la monja afirmaba que, si hay mujeres tontas, hay hombres tontos también, y muchos de ellos soberbios, que, por sólo ser hombres, creían ser sabios. En el diálogo se aclaró el contexto eclesiástico de esta defensa de la mujer contra el ascetismo misógino de ciertos jesuitas, como el confesor y el arzobispo mencionados, que eran los antagonistas principa-

les de la monja y de sus letras humanas (según han comprobado investigaciones recientes con referencia a los años finales de Sor Juana). En su escritura, prosa y verso, nuestra monja alababa a mujeres intelectuales, aunque no fueran cristianas: a Isis, a Hypatia, a Santa Catalina de Alejandría. (Isis era deidad adorada por los egipcios, quien para Sor Juana encerraba la duplicación simbólica del varón, que necesita del principio femenino para su existencia, es decir que Isis es, doblado, el pronombre *is* en latín; de ella dice, en su *Neptuno alegórico*, que fue madre de Neptuno y que «tuvo no sólo todas las partes de sabia, sino de la misma sabiduría, que se ideó en ella». Hypatia era matemática de los siglos IV-V que por su neoplatonismo fue físicamente destrozada por una turba de cristianos fanáticos bajo el mando de su obispo Cirilo. Santa Catalina de Alejandría era conocida por su saber, su hermosura y su fe cristiana; fue martirizada por el emperador Magencio por no acceder a casarse con él ni a renunciar al cristianismo). La variedad de origen y circunstancias de estas mujeres, con quienes se puede establecer paralelos con Sor Juana, nos demuestran la amplitud de mente de la monja, quien sólo repara en el ser fundamental de la mujer famosa y sabia. Estas alabanzas de la mujer intelectual no podían gustar nada al misógino arzobispo de México, pero le asegura al lector moderno el proto-feminismo de Sor Juana.

Sor Juana misma, en su gran poema filosófico titulado *Primero Sueño*, reconoció los límites de la mente humana, pero sólo después de expresar detalladamente su deseo de comprender el universo entero. Ella se identificaba con la figura mitológica de Faetón, castigado por su atrevimiento pero seguro de su padre y destino divinos: el castigo mismo del osado hijo de Apolo incita a la imitación de su valentía. Aunque las *Soledades* de Góngora le daban el modelo formal de su magna obra poética, OP subrayaba que la poeta mexicana superó en profundidad intelectual la obra española, deliberadamente superficial; resumió esta obra diciendo «¿tanto, para tan poco?» y la contrastó con el *Sueño*, que nos dice tanto en tantos niveles.

Según OP, la defensa de la libertad intelectual que predicaba Sor Juana tenía que chocar contra la autoridad de la Iglesia, apoyada en la Inquisición, choque comparable al de los juicios del Partido en Moscú contra los intelectuales comunistas: sea por miedo del castigo, sea por contrición y deseo de la salvación espiritual, nuestra monja (creyente católica, como recordaba GSR) tuvo que sumirse en un silencio final, poco antes de morir de la peste. Pero para el mundo moderno ella sigue siendo la primera figura femenina del mundo hispánico, la voz de un feminismo universal. Y para México, añadió

OP, Sor Juana tiene un sentido más particular: es la gran poeta que representa mejor que ningún otro artista el misterio del barroco, las raíces de la mexicanidad; fue «un Narciso corregido por la razón», el espejo de su naciente país. Con tales palabras terminó la segunda conversación televisada sobre Sor Juana Inés de la Cruz, su vida y su obra.

Epílogo de Georgina

A mi regreso a Estados Unidos le escribí a Octavio Paz dándole las gracias por su invitación; y continué mi vida normal. Unos quince días después, desde una oficina, creo que la del prevoste, me llamaron para sugerirme que invitara a Paz a una conferencia de una serie importante que coordinaba la alta administración de la universidad; lo habían invitado previamente dos veces, pero, en una de esas ocasiones, había cancelado su actuación pocos días antes. Pero estaba escrito que Octavio Paz no viniera a Stony Brook. Cuando lo llamé por teléfono para hablarle de ello, percibí cierta tensión en su voz y se negó a aceptar la invitación. Un mes y pico más tarde creí hallar la explicación a estos pequeños misterios: correos me devolvió la carta enviada a OP a México. Me sentí avergonzada de que Paz hubiera creído, todo ese tiempo, que yo no había tenido la cortesía de darle las gracias; enseguida volví a escribirle acompañando la primera carta a mi nuevo envío por ver si aclaraba lo que le parecería un increíble silencio de mi parte. Supe que Paz había tratado de comunicarse conmigo después del rodaje, pero que le había sido imposible encontrarme en el hotel. Más de un mes después, recibí de Televisa la película que se había tomado en el patio del Convento de San Jerónimo: había sido editada para su emisión pública (se había estado televisando por varias semanas en México) reduciéndola a dos horas de duración. También fui recibiendo otras comunicaciones de Televisa e información de todo el conjunto de las «Conversaciones con Octavio Paz».

Empezaron a pasar los años; saludé a Paz, muy brevemente, en un homenaje que se le ofreció en México unos años después de esa mi gran aventura con Televisa. Más tarde, estando en Stony Brook, supimos del Premio Nóbel que Paz había ganado y le mandamos un telegrama de felicitación a Nueva York, donde se hallaba en esa ocasión.

En 1995, año de la conmemoración de los 300 años de la muerte de Sor Juana, viajé varias veces a México. Como muchos, recibí una invitación para asistir a la lectura de la «Oración fúnebre» en honor de Sor Juana que iba a

leer Octavio Paz, a las 19:30, en la Universidad del Claustro de Sor Juana en la misma fecha en que se conmemora su muerte; era una pequeña pieza de papel pergamino en forma rectangular, impreso en negro. Yo estaba en un hotel cercano con una profesora amiga, historiadora, quien había recibido la misma invitación (estábamos allí para asistir, al día siguiente, a un congreso en Toluca). Esa tarde era lluviosa y estuvimos un buen rato afuera esperando para poder entrar. Cuando, por fin, entramos, dentro, en el salón contiguo donde se encuentra la tumba de la monja, habían puesto una tarima de madera y todos habíamos de estar de pie encima de ella durante la lectura de la conmemoración del óbito; de este modo cabían más personas. Cuando entró Paz se estableció instantáneamente un silencio respetuoso; en aquella ocasión, comprobé el desfase que existía entre personas de la alta clase intelectual que se oponían al crítico-poeta, y las del letrado medio que lo admiraban y aplaudían, que se enorgullecían de ser mexicanos por Sor Juana y por Octavio Paz. Me vino a la mente un parangón con la situación vital de la misma monja. Después de visitar a la hermosa exhibición «Oyem con los ojos», ese día, más tarde, cuando ya caía la noche, estaba yo con mi amiga y alguien más, cuando aquélla me dijo: «Mira, viene Paz, ¿no lo vas a saludar?» Con cierta prevención, cohibición, caminé hacia el grupo que venía acercándose; Paz llegaba rodeado de gente. «Maestro», le dije aún sin poderlo ver. El contestó: «¿Quién es?», y yo le respondí con mi nombre. Nos acercamos enseñada para saludarnos y sólo me dijo esto que ha quedado grabado en mi memoria, con agradecimiento: «Georgina, se la considera».

Años después, ya jubilados nosotros en la Florida, Paz vino a Miami a una lectura de poesía en la que participaban otros dos premios Nóbel de literatura. Sin lugar a dudas, el poeta mexicano fue el que mejor leyó sus versos, el que ofreció la mejor traducción al inglés y el que mejor se entendió con el público, hispano en su mayoría. Al día siguiente presidió, en un centro estudiantil, una lectura de poetas cubanos en el exilio. Elías y yo nos acercamos a saludarlo a él y a su esposa. Paz fue muy amable; me pareció que sobrepasaba los límites de la cortesía mexicana. Y ésta fue la última vez que lo vimos.

Octavio Paz habló de la «seducción» que la monja ejercía sobre aquéllos que se acercaban a su vida y su obra, a conocerla. Sor Juana en la Colonia y Octavio Paz, nuestro contemporáneo, son ejemplos literarios de la universalidad que alcanza el pensamiento humano. Hoy, a esos dos mexicanos ilustres, se les unen, por amor a Sor Juana, un italiano, un español, una cubana y un norteamericano, rindiéndoles tributo.

Georgina Sabat de Rivers y Elías L. Rivers, catedráticos eméritos de la State University of New York at Stony Brook.

BIBLIOGRAFÍA

- Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*, Barcelona: Seix Barral, 1982 (658 págs.).
- Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*, México: Fondo de Cultura Económica, 1983 (673 págs., con apéndice añadido), reseñado por GSR en *Modern Language Notes*, tomo 100 (1985), págs. 417-423.
- Octavio Paz, *Sor Juana: or, The Traps of Faith*, trad. de Margaret Sayers Peden, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1988, reseñado en inglés por GSR en *Siglo XX / 20th Century*, tomo 8 (1990-1991), págs. 153-164; reseña traducida al español en su libro *Estudios de literatura hispanoamericana: Sor Juana Inés de la Cruz y otros poetas barrocos de la colonia* (Barcelona: PPU, 1992), págs. 341-355, y en su libro *Bibliografía y otras cuestiúnculas sorjuaninas* (Salta, Arg.: Biblioteca de Textos Universitarios, 1995), págs. 106-120. Véase también, en el mismo libro *Estudios...* de 1992, págs. 327-339, «Biografías: Sor Juana vista por Dorothy Schons y Octavio Paz».